

# Color e imagen de "La tolvanera"

Abel Pacheco vive ahora entre caimitos y pantalones. Los fines de semana se encierra en un predio en Orotina, cuenta sus chumicos y escribe sus cuentos. Una vez por semana se sienta, apoltronado, en un sillón de Canal 6 para grabar en serie los cinco o seis comentarios de la semana. Su figura es amable; su mensaje directo y con una media sonrisa agrega un acento de ironía al cuentagotas de sus editoriales. (Lo que la gente no sabe es que Abel Pacheco improvisa: no escribe siquiera un apunte para presentarse ante las cámaras). Lejanos están ahora los días del hospital psiquiátrico y el consultorio privado. Ahora Abel lee, escribe y tiene tiempo de invitar a sus amigos a un café bien conversado a las cuatro de la tarde.



Guido  
Fernández S

La víspera de la muerte de su primo Mario Sotela fui a verlo y me contó cómo, días antes, viéndolo tan mal pero con tanto amor por la vida, le llevó unas cervezas de lata para aliviarle el ánimo. Ese mismo día me entregó su libro *La tolvanera*, que yo había ido a reclamarle.

A reclamarle, porque cuando trabajábamos juntos en Canal 6 me tocó la suerte de asistir al proceso de la creación de sus relatos. Me prestó el manuscrito y me dejó ponerle unas comas y quitarle unos puntos. Pero lo que no se podía tocar era la frescura de las imágenes y el poder de síntesis de sus ideas poéticas. Un ejemplo está en "La color". Veamos como maneja Abel Pacheco el idioma como instrumento de acuarelas. "El caserío era pardo y los pastizales sepia. El río chocolate, la casa tierra, el paisaje barro y sus abuelitos, padres y hermanos color caramelo. ¡Y va Facundo naciendo blanco, blanco! Entre sospechas negras, negras de su padre, quien nunca antes había visto un albino"... Y más adelante, apenas unas líneas abajo: "...nació en Facundo una inmensa vocación de panteonero. Desde entonces vivió feliz entre albas tumbas, flores blancas y tumbas encaladas. Tomó Facundo desquite de quienes lo odiaron por blanco, cubriendo sus ataúdes con tierra negra, negra".

La crítica literaria puede aducir que los relatos de Abel Pacheco no son cuentos en sentido estricto sino viñetas. ¿A quién puede importarle si las palabras están enlazadas en ellos en una triple dimensión de sensaciones: por su poder de evocación, por su sonoridad cadenciosa y por su policromía? "Los brazos, antes cañas, se le fueron fundiendo en bagazo". "Las gaviotas parecían chiquillos en recreo". "...El rebelde campanero arrancó al riel un ritmo de duelo capaz de deprimir a un resucitado". "Le decían Juana la Iguana. Por su piel-tierra, que le colgaba de los hombros a manera de vela sin viento. Por sus huesos de trampa pajarrera".

Estas pocas ilustraciones, tomadas al azar, dan una idea de la imaginería del lenguaje en los relatos de Abel Pacheco. Pero como citas aisladas esconden lo que en ellos está más abajo de la piel: su identidad con el humilde, su simbiosis con la tierra, el aliento transparente y puro del solar costarricense. Por eso *La tolvanera* es uno de los más gratos momentos de la literatura nacional de nuestros días.